

Rosa Arciniega

Un Maquiavelo sin maquiavelismo



L término «maquiavelismo», es de tan clara, de tan concreta significación en nuestro siglo que no necesita definición ni esclarecimiento alguno para ser comprendido en toda su amplitud. El «maquiavelismo» se entiende como una actitud cínica, amoral, violenta, retorcida y falsaria ante la vida o ante determinadas contingencias de la vida. Un ente «maquiavélico» es aquel a quien se juzga capaz de todas las traiciones, de todos los juegos sucios, de todas las artimañas, de todos los engaños, incluso de todos los crímenes, por realizar sus deseos, anhelos o pensamientos.

Y, habiendo brotado los vocablos «maquiavelismo» y «maquiavélico» del apellido propio «Maquiavelo», es obvio que el escritor florentino del siglo XVI que se llamó así, aparezca ante nosotros como la suprema expresión de todos los horrores morales apuntados más arriba, al especificar someramente las característica del «maquiavelismo».

¿Por qué esta terrible fama, esta fama de perversión, de amoralidad, que cuatro siglos de historia arrojaron sobre Maquiavelo? Porque entre sus numerosas obras existe una—la menos importante quizás de ellas, la que fué escrita «por puro capricho», y por necesidad, un folleto de 60 páginas: «El Príncipe»— que, por circunstancias especiales, fué tomada—o juzgada al menos—como el catecismo, como el devocionario de

los audaces, de los dominadores, de los tiranos, de los dictadores o, como se impone decir hoy, de los «amos totalitarios».

«El Príncipe» fué el «libro malo» de Maquiavelo, ese que se escribe en un instante de desesperación o de reacción para abrir las compuertas del espíritu a las escorias, a la lava que dejan en él los violentos desengaños. Era—es—«El Príncipe» un ramillete de consejos perversos, mefistofélicos, cuidadosamente recogidos para ser susurrados al oído de los tiranos. Y, naturalmente, Maquiavelo ha quedado en la Historia como el Mefistófeles de todos los déspotas, como ese siniestro personaje que suele marchar detrás de todo manto imperial—o cesáreo—sugiriendo horribidos proyectos. Hoy, continúa siendo aún, sobre todo en el concepto de algunos pensadores unilaterales, el «consejero, guía y modelo de los caudillos totalitarios», el defensor de los fuertes, el enemigo cerrado de la Democracia y, como se asegura también de Nietzsche, «el hombre que más odio ha reconcentrado contra el pueblo».

Sin embargo, la verdadera faz, el auténtico rostro del escritor florentino pueden ser—son quizás—otros, vistos a la luz de un estudio menos precipitado que el que consiente la lectura de «El Príncipe, a la luz, también, de esa fama de perversión con que le ha abrumado una leyenda tricentenaria y, ahora, en estos instantes, reavivada y revivida por las circunstancias.

Nicolás Maquiavelo, antes que el confeccionador de «El Príncipe, es el autor de «Anales de Italia», de «Vida de Castuccio», de la «Historia de Florencia», de «La Mandrágara» y, antes que nada, de los «Discursos sobre las Décadas de Tito Livio», obra fundamental que abarca su pensamiento por espacio de diez años (1512-1522) y a la cual habría que ir a libar sus verdaderos credos políticos, como a la heredad más rica y considerable de todas las suyas.

Leídos los «Discursos», examinados con atención—y con recta intención—los «Discursos», ¿qué queda de «El Príncipe»? ¿Qué de aquellos feroces consejos, hijos probablemente—ya

se ha dicho—de una inexplicada reacción psíquica, de un desengaño momentáneo, de una desilusión, de un despecho? ¿Cuál fué el «capricho» que, según él, movió a Maquiavelo a estampar sus pensamientos sombríos en «El Príncipe»? ¿Qué le ocurrió en 1513 para que, suspendiendo un instante su sereno trabajo de los «Discursos» se sumergiera rabiosamente en la confección del folleto desventurado de «El Príncipe»?

Dentro de esa línea invariable de las contradicciones en que incurre a lo largo de su vida el hombre—y sobre todo, el hombre que piensa y siente mucho—se impone tomar siempre como norma, la de que su pensamiento esencial, fundamental, es aquel que se mantiene más sostenido, firme y rectilíneo en el transcurso de la jornada vital.

Y ateniéndose a esta regla, no se podría negar que el pensamiento de Maquiavelo, su pensamiento profundo es el que trasciende de sus «Discursos». Es decir, un pensamiento y un sentido decididamente democráticos. Decidida y anticipadamente democráticos.

Porque el escritor florentino—como ya se ha hecho notar antes de ahora—fué el pensador más anticipado en darse cuenta de que las instituciones del Mundo Medieval ya no contenían gérmenes de vida productiva, de que eran terreno infértil, campos sobre los que resultaba baldío ensayar una y otra vez el mismo pólen de las ideas gastadas o adormecidas. Y como su capacidad crítica—aunque fuese en parte él un autodidacta—no era inferior a la que tres siglos después exhibiría Hegel, decidió aportar otras ideas que fuesen promesa firme, segura, de inmediata o remota proliferación. Fué, en realidad, el descubridor de las raíces profundas de la Filosofía de la Historia.

Maquiavelo se nos aparece así como una sorprendente antelación de fórmulas político-ideológicas que no tienen nada que ver con el llamado «maquiavelismo» y, menos, con la ideología de los totalitarismos presentes, sino más bien con el idea-

rium democrático en su más pura esencia. Para él, la Libertad, la necesidad de que haya una libertad absoluta, plena, sin otras restricciones que las impuestas por la organización social, resulta condición primaria e indispensable. Escribe: «Quienes condenan las revueltas entre nobles y plebeyos, condenan las mismas causas que produjeron la libertad de Roma; dan más importancia al ruido y a los reproches que surgen de esas revueltas que a los buenos efectos que producen tales tumultos».

¿Cabe mayor síntesis; mayor condenación de lo que es eso que se ha llamado con gráfica imagen «los dolores de parto de toda revolución» y del parto mismo por ellas producido? Y sigue argumentando con suprema claridad: «en toda república hay dos partidos: el de los nobles y el del pueblo. Todas las leyes que se hacen en favor de la libertad nacen del desacuerdo entre esos dos partidos».

En las líneas anteriores—en esas líneas que son tan «maquiavélicas», tan de Maquiavelo, como los consejos de «El Príncipe»—¿no queda también exactamente apuntada la idea de la lucha de clases, tal como sería desarrollada y sistematizada tres siglos después?

Dice Maquiavelo: «si son procedimientos extraordinarios y casi feroces los de gritar el pueblo contra el senado, correr el pueblo tumultuosamente por las calles, cerrar las tiendas, diré que en cada ciudad debe haber manera de que el pueblo manifieste sus aspiraciones y, especialmente, en aquellos donde se valen de él para las cosas importantes». Eso es pura y concretamente Democracia. Posibilidad de que el pueblo manifieste sus aspiraciones. Y, especialmente, en aquellos donde se valen de él para las cosas importantes. Los «totalitarismos» actuales ¿cómo se aplicarían, pues, esa doctrina «maquiavélica»? ¿Echando mano de qué hábiles subterfugios podrían poner en conjunción esa teoría con sus prácticas?

Pero aun se acusa más certeramente el sentido democrático de Maquiavelo en el siguiente pasaje: «las aspiraciones de

los pueblos libres rara vez son nocivas para la libertad porque nacen de la opresión o de la sospecha de ser oprimidos. Y cuando este temor carece de fundamento, hay el recurso de las asambleas, donde algún hombre honrado demuestra en un discurso el error de la opinión popular».

Véase ahora esta otra ardiente defensa de la libertad, hecha por el padre del «maquiavelismo»: «A los nombrados en una ciudad para guardianes de la Libertad no puede dárseles atribución mejor que la facultad de acusar ante el pueblo a los ciudadanos que, de algún modo, infringen las libertades públicas». Y es urgente aviso a los extorsionados de toda manifestación de la voluntad popular: «Nada contribuye más a la estabilidad de un régimen que el organizarlo de suerte que las opiniones que agitan los ánimos tengan vías legales de expresión. Si no existen estos medios legales se acude a los ilegítimos, los cuales producen peores resultados que los otros».

Los consejos «maquiavélicos» a los Príncipes podrán ser aquellos que crearon la injusta fama de Maquiavelo, pero adviértase esta diatriba terrible contra los dictadores: «un Estado no durará mucho si el régimen depende de un solo hombre, en vez de estar confiado al cuidado de muchos interesados en mantenerlo». Y esta que sigue, que se diría escrita expresamente para algunos caudillos de hoy:

«Juzgo infelices a los Príncipes cuando, para mantener su autoridad, y luchar con la mayoría de sus súbditos necesitan apelar a vías extraordinarias. Porque cuando la enemistad es de todo un pueblo, vive el Príncipe mal seguro y cuanto mayor autoridad emplea tanto más débil es su reinado».

El más fervoroso defensor de la Democracia suscribiría, satisfecho, la anterior deducción—experiencia más bien—de Maquiavelo.

¿Y qué decir de la exclamación de este maquiavelo sin maquiavelismos al enfrentarse con el dolor que produce ver la expulsión en masa de ciudadanos por causa de sus ideologías con-

trarias a los regímenes imperantes?: «Son métodos crudelísimos, anticristianos e inhumanos, que hacen preferible la vida de simple ciudadano a la de Rey a costa de tanta destrucción de hombres».

Y agrega: «Cuando una tiranía substituye a un régimen liberal, la mayor parte de las veces se inicia su decadencia».

Pero sigamos espigando en la rica heredad del pensamiento maquiavélico: «Es mejor el gobierno popular que el real y afirmaré que, comparando los desórdenes de los pueblos con los de los Príncipes y la gloria de aquéllos con los de éstos, se verá la gran superioridad del pueblo en todo lo que es bueno y glorioso».

«La preocupación contra los pueblos nace de que todo el mundo puede hablar mal de ellos libremente y sin miedo, aun en las épocas de su dominación, mientras que de los Príncipes se habla siempre con gran temor y grandes precauciones».

«Hay dos formas de combatir: una con las leyes y otra con la fuerza. La primera es propia de los hombres; la segunda de los animales».

Las citas podrían multiplicarse hasta límites que sobrepasaran los concedidos—especialmente—a un trabajo como este. Pero con lo entresacado basta para demostrar que la «mala—y amplia, difundida—fama de Maquiavelo es, en gran parte, injusta. Es él uno de los personajes tergiversados por la Historia, un hombre cuyas buenas acciones no se pesan, en tanto que se tienen en cuenta a toda hora los pecados cometidos en un minuto de extravío, de reacción, de desesperación o de desilusión.

Algún día quizá pueda demostrarse ampliamente que Maquiavelo no fué el Mefistófeles, el ente demoníaco que ha servido para dar título y vida propia a esa escuela de la artimaña, de la astucia, del engaño, de la trampa. Se probará entonces—y no a costa acaso de gran esfuerzo—que, contra lo que asegure la leyenda, existe un Maquiavelo sin «maquiavelismos».